



## **Ordenación de presbíteros**

**San Nicolás, sábado 21 de diciembre de 2019**

La primera lectura que hemos escuchado, del Profeta Isaías, nos puede ayudar a situarnos en el mundo entrañable de la liturgia de la Iglesia en estos días de Adviento. Sus palabras evocan el anuncio, y también la espera, de Aquel que verdaderamente traería la Buena Noticia a los que sufren, a los cautivos; de Aquel que sería en sí mismo, consuelo y alegría para el pueblo, para la Humanidad. Palabras de Isaías que anuncian al que había de venir. Palabras que en la boca de Jesús, en la Sinagoga de Nazaret tiempo más tarde, serían asumidas como cumplidas plenamente en Él.

Y lo que se cumplió en Él, por obra del Espíritu, como certifica la Palabra, es anuncio de lo que también, por obra del Espíritu, Jesús mismo sigue cumpliendo en aquellos, en los que por el Sacramento del Orden se viene a encarnar de un modo muy especial, en la medida, y en tanto en cuanto, que en este Sacramento somos configurados con Él y con su misión.

Si resulta verdaderamente impresionante pensar tan sólo en tan gran misterio; que en esta celebración vamos a revivir, suplicando su realización en nuestros hermanos Kamil y Antonio. Todavía, quizás, es más impresionante pensar el modo en el que el Mesías esperado, quiso nacer, venir a nosotros y a nuestra historia, y realizar su misión.

Al igual que en pocos días vamos a revivir, la total humildad en la que quiso venir a nuestra historia, contemplando su nacimiento en Belén. Sus palabras en el Evangelio de San Mateo que acabamos de oír, nos

reafirman en lo que quiso escoger con toda su intención: la más absoluta sencillez para realizar su misión, su Obra de salvación de la Humanidad; así nos ha recordado expresamente que vino a “servir” y a “dar su vida en rescate de muchos”.

Esto es en su entraña la realización del ministerio del sacerdote, configurado con Cristo por la gracia del Sacramento del Orden: desplegar en su vida el servicio, la entrega de su vida, precisamente para prolongar la obra salvadora de Jesús, su rescatar a muchos, y esto con su mismo estilo de amar, servir, y como Él entregar, gastar, dar su vida.

Y quiero notar además, desde las palabras de San Pablo a los Romanos, el llamamiento a actuar en la unidad del Cuerpo de Cristo que es su Iglesia; de modo que los dones que recibimos del Señor sepamos que debemos actuarlos siempre en total unidad y en total referencia y servicio a los demás miembros de la Iglesia. Esto es especialmente digno de tener en cuenta en tiempos de enormes individualismos, también en la acción pastoral, y que especialmente los pastores deben cuidar en ellos mismos y en el Pueblo de Dios al que somos enviados a servir. Os ruego, Antonio y Kamil, que revestidos de la sencillez y humildad que Cristo nos mostró desde su nacimiento, siempre actuéis despojándoos, en todo lo posible, del “yo” protagonista que se aísla y defiende ser el mismo, como sea, y os esforcéis por ser constructores de unidad, de comunión, de complementariedad dentro del Cuerpo de Cristo, único, al que en concreto sois enviados a servir.

Que vuestra vida sacerdotal sea así: configurada con Cristo, realizando su obra de ayuda a los que sufren, la liberación de todo mal y todo pecado, de materialización de su consuelo, de su curación, de su alegría. Y ello al estilo de Jesús, con cercanía, con sencillez, con humildad, sin vivir para vosotros mismos, sino totalmente volcados en servir, en dar la vida, como Él la dio, por amor, con amor, haciendo de vuestro ministerio, como decía San Agustín: Oficio de amor. Y todo en comunión, sin aislamientos, en complementariedad de carismas y servicios, con profundo sentido de Iglesia, concretado no en teorías abstractas, sino en el amor concreto a la

diócesis, y a aquellos que la formamos; siendo siempre instrumentos de paz, de comunión, de ilusión y esperanza en la labor de edificar juntos el Cuerpo de Cristo, su Iglesia.

Que así pues, gastadas vuestras fuerzas, ahora jóvenes, en amar y servir sin límites, con entusiasmo en la entrega, podáis decir muchos días de vuestra vida llenos de gratitud, las palabras del Salmo: “Cantaré eternamente tus misericordias, Señor”.

Por ello vamos a rezar todos los presentes, unidos en una ferviente oración de acción de gracias a Dios con vosotros: por aquellos que han acompañado vuestro camino hasta aquí: familiares, sacerdotes, comunidades, formadores, Seminario, amigos.

Y unidos todos, a lo largo de esta celebración, en una ferviente oración por vosotros. Para que no malogréis, jamás, la gracia que hoy vais a recibir. Para que seáis fieles y seáis felices. Servir al Señor es reinar. Los que llevamos, muchos años en esto, a pesar de nuestras limitaciones y pecados, os lo podemos decir. Es difícil, pero rotundamente vale la pena. Él es el único que, jamás, nos falla. Y en su bendita Iglesia servirle a Él es reinar; es plenitud, es estreno de eternidad.

María hizo posible la Navidad; nos trajo y nos dio a Jesús. María acompañó a su Hijo hasta la Cruz: así, fue la primera en participar en su Resurrección y en su Gloria. Vosotros estáis llamados a traer y a dar a Jesús a nuestras comunidades. Es el gran objetivo, la gran misión. También a través de la cruz, para sembrar esperanza, perdón, curación, vida eterna: Resurrección. Mirad a María, imitadla, acogeos a Ella. No la dejéis. Así sea.

**✠ Jesús Murgui Soriano.**  
Obispo de Orihuela-Alicante.